

más eficaces, á fin de intimidar á la parte hostil del clero y de precaver las consecuencias de las intrigas que acababan de ser descubiertas. Hizo prender á Mr. de Astros, detener ó alejar de París á varios eclesiásticos de los pertenecientes al conciliábulo de que se había adquirido noticia; ordenó á su cuñado el príncipe Borghese y á su hermana Elisa que mandaran prender á los canónigos reputados por agitadores de los cabildos de Asti y Florencia, enviarlos á Fenestrelle, declarar á los citados cabildos que, si no se sometían al instante y no conferían inmediatamente á los nuevos prelados la calidad de vicarios capitulares, serían suprimidas las sillas, con las sillas los canonicatos, y los canónigos recalcitrantes encerrados en prisiones de Estado. Al cabildo de París le fué declarado lo propio.

Estas violencias fueron seguidas de otras disposiciones de índole todavía más triste, porque llevaban el sello de una cólera mezquina. Napoleón hizo separar al papa de todos los que le habían rodeado hasta entonces, excepto uno ó dos domésticos de quienes estuviera seguro, no dejándole más que un solo secretario; dispuso que se aprovechara la ocasión en que se hallara de paseo para quitarle todo medio de escribir, despojarle de sus papeles y enviarlos á París con objeto de que fueran examinados: á quince ó veinte mil francos anuales redujo los gastos, que hasta entonces siempre habían sido de príncipe, y encargó que se notificara al papa cómo le estaba expresamente prohibido escribir y recibir cartas. Un oficial de la gendarmería fué enviado para vigilarle de día y de noche y observar sus menores movimientos. El prefecto Mr. de Chabrol estaba encargado de asustar al papa, no sólo por su persona, sino por cuantos se hallaran comprometidos en las intrigas que se descubrieran en lo sucesivo. Debía decirle que por su conducta se colocaba en el caso de ser sometido á juicio y aun depuesto por un concilio y que exponía á sus cómplices á castigos aún más severos.

Por fortuna la ejecución de estas providencias iracundas estaba confiada á un hombre lleno de tacto y de cordura. Mr. de Chabrol habló al papa, no como ministro amenazante de un poder irritado, sino como ministro afligido que no se servía de la fuerza con que estaba armado más que para dar á su augusto cautivo algunos consejos de sensatez y de prudencia. Sin embargo, no pudo ahorrarse al papa la desazón de desviar á sus aliados, de despojarle de sus papeles y de otras muchas precauciones tan humillantes como pueriles. Turbado el papa de pronto más de lo que convenía (y lo referimos con sentimiento, porque es uno celoso de la dignidad de tal víctima), se repuso en breve, oyó con dulzura á Mr. de Chabrol, dijo que si se le hubieran pedido sus papeles los hubiera entregado, sin que se necesitara recurrir á una superchería como la de quitárselos mientras se hallaba de paseo; prometió no cartearse con nadie, no por él, sino por los que pudieran ser víctimas de su adhesión á la Iglesia, y añadió que ya viejo y abrumado por las vicisitudes se hallaba al fin de su carrera y burlaría pronto á sus perseguidores, no dejándolos entre las manos un papa, sino un cadáver inanimado.

Mr. de Chabrol le consoló al par que le hizo oír palabras de cordura útiles y necesarias, y con lo que escribió á París contribuyó á que se dulcificaran las provi-

dencias dadas antes. Materialmente no se hizo alteración en los gastos del papa.

Por lo que hace á los cabildos de Asti y Florencia, se sometieron con innoble prisa. Los canónigos recalcitrantes, excepto uno ó dos puestos en las prisiones de Estado, cayeron de rodillas ante el poder temporal, se excusaron, gimieron, y sin la objeción más leve confirieron á Mr. de Osmond para la diócesis de Florencia, á Mr. Dejeán para la diócesis de Asti, casi todos los poderes, no sólo de un administrador, sino de un prelado instituido. En París la prontitud de la sumisión fué todavía más notable. Todo se achacó á la imprudencia de Mr. de Astros, especie de fanático, se decía, por quien la diócesis estuvo á pique de perderse. No quedó al cardenal Maury más sentimiento que el de obedecer á tal poder y el de mandar á tales subordinados. Con igual docilidad se sometieron las diócesis de Metz, de Aix y otras, donde se había suscitado el propio conflicto. ¡No era este el tiempo del genio y del martirio para la Iglesia! ¡Sólo su jefe, Pio VII, á pesar de algunos momentos de debilidad inseparables de la naturaleza humana, á pesar de algunos arrebatos inseparables de su estado de sufrimiento, se mostraba aún digno de los hermosos siglos de la iglesia romana!

Aunque se tranquilizó Napoleón, viéndose obedecido tan pronto, resolvió poner término á tales resistencias, que le importunaban sin espantarle y que le preocupaban harto poco: eran, sin embargo, más graves de lo que creía. Fijóse, pues, en una idea que ya le había ocurrido varias veces, la de un concilio, en que se lisonjeara ser el amo, y del cual esperaba servirse, ya para inducir al papa á que cediera, ya para prescindir de él, substituyendo á la autoridad del jefe de la Iglesia la autoridad superior de la Iglesia reunida. Formada tenía ya una comisión eclesiástica, compuesta de muchos prelados y sacerdotes, y entre otros de Mr. de Emery, y sometió á su examen todas las cuestiones que originaba el proyecto de un concilio. ¿Sería general ó provincial? ¿Se compondría de todos los obispos de la cristiandad ó sólo de los obispos del imperio, del reino de Italia y de la Confederación germánica; lo cual equivalía á la cristiandad casi entera? ¿Qué cuestiones habría que someterle, qué resoluciones pedirle, qué formas se habrían de observar en este siglo XIX tan distinto de los siglos en que los últimos concilios se habían congregado? Vivamente insistió Napoleón en que se acelerara el examen de estas diversas cuestiones, proponiéndose reunir el concilio á principios del mes de junio el mismo día del bautizo del rey de Roma.

Mientras llegaba este tiempo no apartaba Napoleón sus ojos de los asuntos del Norte y se ocupaba con igual actividad en la diplomacia y en los aprestos militares.

Relativamente la diplomacia acababa de hacer una elección que no debía tener influencia venturosa sobre su destino, que era la de Mr. Maret, duque de Basano, para el ministerio de Negocios extranjeros. Ya, según se ha visto, se había separado de los dos únicos personajes á quienes se pudiera á la sazón divisar por entre la aurora de gloria que le rodeaba, Mr. Fouché y de Talleyrand. Como hemos contado también, había reemplazado á Mr. Fouché con el duque de Rovigo, y nada mejor podía hacer una vez cometida la falta de des-

prenderse de Mr. Fouché. A Mr. de Talleyrand dió por sucesor á Mr. de Champagny, duque de Cadore, varón prudente y templado que nada ponía ni quitaba á la voluntad imperiosa de Napoleón, bien que la moderación de su carácter sirviera para amortiguarla algún tanto. Sobre cada objeto escribía el duque de Cadore excelentes memorias, pero hablaba poco y hablando poco no inducía á hablar á los diplomáticos extranjeros. Frecuentemente se quejaba Napoleón al príncipe Cambaceres de que su ministro de Negocios extranjeros *carecía de conversación*, y acabó por ceder á los deseos de su secretario de Estado Mr. de Basano, quien suspiraba por el papel de ministro de Negocios extranjeros y representante del gran imperio ante la Europa. Determinóse Napoleón á esta elección cabalmente por abril de 1811, época en que el estado de Europa se complicaba y en que semejante nombramiento podía tener los mayores inconvenientes.

Ya hemos hablado de Mr. de Basano; pero el gran papel que hizo con posterioridad, exige que hablemos todavía más de su persona. Este ministro tenía exactamente todo lo que faltaba á Mr. de Cadore: tan modesto y hasta tímido como era éste, dejaba aquél de serlo. Hombre de bien, como ya hemos dicho, muy adicto á Napoleón, si bien con aquella adhesión fatal á los príncipes á quienes se profesa; pulido, con gusto y talento para hacer figura, hablando bien, oyéndose hablar, vano hasta el exceso del brillo que de su señor tomaba, parecía como cortado para abultar los defectos de Napoleón, si cupiera en lo posible dar bulto á sus malas ó buenas cualidades. Cuando la voluntad imperiosa de Napoleón pasaba por la boca vacilante de Mr. de Cadore perdía algo de su violencia; cuando pasaba por la boca lenta y burlona de Mr. de Talleyrand, perdía algo de su formalidad. A esta manera de transmitir sus órdenes daba Napoleón el nombre de torpeza respecto del primero y de traición respecto del segundo; ¡dichosa traición que no revelaba más que sus pasiones en provecho de sus intereses! Nada parecido había que temer en Mr. de Basano, y seguro estaba el emperador de que ninguna de las manifestaciones de su voluntad ruda sería templada por la prudente reserva de su ministro. Iba el más orgulloso de los soberanos á tener por agente al menos modesto de los ministros, y cabalmente á la hora en que, exasperada la Europa, hubiera necesitado de más contemplaciones. Conviene añadir para excusa de Mr. de Basano, que miraba á Napoleón, no sólo como al más gran capitán, sino como al más sabio político, y que no hallaba casi nada que alterar en sus miras, buena fe que le hacía inocentemente el ministro más peligroso.

Era el 17 de abril cuando Napoleón llamó al archicanciller Cambaceres, á quien sólo consultaba de tarde en tarde, salvo en materia de legislación para escucharle casi siempre, salvo en materia de religión para no escucharle casi nunca, salvo en materia de personas para predisponerle á sus bruscos antojos. Le expuso lo que le parecía en Mr. de Cadore digno de censura, aun estimándole y amándole mucho, y su resolución de reemplazarle con Mr. de Basano. Algunas palabras dijo el príncipe de Cambaceres en favor de Mr. de Cadore, callóse respecto de Mr. de Basano, silencio muy bastante para Napoleón que lo adivinaba todo, aunque no

hacía caso de nada, y tomó la pluma para redactar el decreto. Napoleón lo firmó y acto continuo encargó al príncipe Cambaceres que fuera con Mr. de Basano á pedir á Mr. de Cadore la cartera de Negocios extranjeros. Con efecto, el príncipe Cambaceres fué en compañía de Mr. de Basano á casa de Mr. de Cadore, y le sorprendió por extremo con su mensaje. Porque este hombre excelente no había adivinado en qué desagradaba á su señor, y sólo halló en él una resignación tranquila y silenciosa. Mr. de Cadore entregó á Mr. de Basano su cartera con pena disimulada, aunque visible, y Mr. de



Maret, duque de Basano

Basano recibíola con el ciego alborozo de la ambición satisfecha, ignorando el primero cuán cruel carga se quitaba de encima y el segundo en qué catástrofes tan espantosas iba á tomar parte. ¡Feliz y terrible arcano del destino, en medio del cual andamos como en el seno de una nube!

Habiendo descubierto el príncipe Cambaceres la pena de Mr. de Cadore dió á Napoleón cuenta de ella, y éste, pesaroso siempre que afligía á alguno de sus antiguos servidores, indemnizó al ministro destituido magníficamente y le nombró intendente general de la corona.

Más felizmente inspirado estuvo Napoleón al elegir su nuevo embajador para San Petersburgo. Según dejamos ya referido, nombró por sucesor del duque de Vencencia á Mr. de Lauristón, uno de sus ayudantes de campo, á quien ya había empleado provechosamente en varias misiones delicadas, para las cuales se requería tacto, reserva, talento de observación, conocimientos administrativos y militares. Hombre sencillo y sensato era Mr. de Lauristón, amante de no desagradar á su soberano, pero queriendo más de todas maneras des-

agradarle que engañarle. Ningún embajador era más idóneo que él para conseguir que se avinieran los dos emperadores de Francia y Rusia, si era posible la avenencia, contemplando al primero é inspirándole confianza, y persuadiendo al segundo de que la guerra no era inevitable y de que de su voluntad dependía todo. Seguramente había pocas probabilidades de salir airoso en esta misión, y más según el estado á que eran llegadas las cosas, pero también se podía tener como positivo que por causa de Mr. de Lauristón no empeoraría nada.

Después de apresurar Napoleón tanto sus armamentos al saber que habían sido llamadas las divisiones rusas de Turquía, conoció que no era ya tiempo de disimularlos, y previno que Mr. de Caulaincourt al tiempo de su partida y Mr. Lauristón al tiempo de su llegada no ocultaran cosa alguna, y antes bien confesaran de plano todos los preparativos que había hecho y que hicieran alarde de ellos con fruición, para intimidar á Alejandro ya que no se podía adormecerle. Pero igualmente había autorizado á uno y á otro para declarar formalmente que no deseaba la guerra por la guerra; que si la preparaba era únicamente por creer que se disponía en su contra, porque estaba convencido de que, terminados los asuntos de Turquía se arrimaría Rusia á Inglaterra, aunque no fuera más que para restablecer con ella su comercio, y gozar así á lo egoísta de las ventajas que habría debido á la alianza francesa; que ya lo había hecho á medias recibiendo en sus puertos á los americanos; que, según su modo de ver, lo de recibir á los defraudadores era casi ponerse en guerra; que si era posible que se deseara por una miseria como la de Oldemburgo, no había más que pedir una compensación, que daría por grande que fuera, pero que se necesitaba hablar francamente, no reservar nada de lo que hubiera en el corazón, á fin de deponer ó de empuñar las armas de seguida y de no consumirse en inútiles preparativos. Todas estas cosas había dicho al príncipe Kourakín y á Mr. Czernicheff con cierta mezcla de donaire, de altanería, de hombría de bien, que sabía emplear muy oportunamente, y había estimulado á Mr. de Czernicheff para que fuera á repetirlo á San Petersburgo. Sin embargo, como no se quería explicar tan categóricamente sino cuando estuvieran bastante adelantados sus armamentos, había recomendado á Mr. de Lauristón, al hacerle emprender por abril el viaje, que no llegara á San Petersburgo hasta entrado mayo, momento en que podían ser conocidos sus más significativos aprestos. Ni él mismo habló á MM. de Kourakín y de Czernicheff, sino poco antes de esta época, tan á las claras.

Pero el esmero de Napoleón por establecer una hábil gradación en su lenguaje era superfluo de todo punto, porque Alejandro estaba informado día por día y con rara exactitud de cuanto se hacía en Francia. Algunos polacos adictos á Rusia, muchos alemanes que nos aborrecían por extremo, la mayor parte de los arruinados habitantes de Dantzick, de Lubeck, de Hamburgo, le habían avisado á porfía de todos los movimientos de nuestras tropas. Ultimamente un miserable empleado del ministerio de la Guerra, ganado á precio de oro por Mr. de Czernicheff, había participado la fuerza efectiva de todos los cuerpos. Así, á cada esfuerzo de Mr. de Caulaincourt para negar ó atenuar por lo menos los he-

chos, cuya noticia llegaba cotidianamente á San Petersburgo, Alejandro le respondía: «No lo neguéis, porque estoy cierto de lo que afirmo. Evidentemente se os oculta todo, porque no inspiráis confianza. Inútil es todo el trabajo que me tomo para ilustraros sobre el asunto y que me tomo de buena voluntad porque os estimo y amo. El emperador Napoleón no os cree, porque le decís la verdad; supone que os he ganado y que sois mío y no suyo; lo propio sucederá con Mr. de Lauristón, que también es un hombre honrado, que no podrá menos de repetir las mismas cosas, y vuestro soberano dirá asimismo que Mr. de Lauristón está ganado.»

Mr. de Caulaincourt, del cual efectivamente decía Napoleón todo esto, y sobre quien había obrado la gracia seductora del emperador Alejandro, bien que no hasta el punto de hacerle escribir otra cosa que la verdad, habiendo á su vez respondido y manifestado á su augusto interlocutor que positivamente se armaba en Francia, pero sólo porque se armaba en Rusia, habiéndole hablado de las obras que se ejecutaban junto al Dwina y al Dnieper, del movimiento de las tropas de Finlandia, del de las de Turquía, y viéndose descubierta Alejandro, había desplegado la más cabal franqueza, y lo podía hacer sin el más mínimo inconveniente, porque era la verdad que no había tomado las primeras precauciones sino á consecuencia de los numerosos avisos llegados de Polonia y de Alemania, y porque además no venía mal que se supiera que estaba preparado á batirse resueltamente. «Suponéis que armo, dijo á Mr. de Caulaincourt, y estoy lejos de negarlo: armo efectivamente, estoy preparado del todo, y me hallaré dispuesto á defenderme con energía. ¿Y qué pensaríais de mí si procediera de otro modo, si fuera tan simple, tan olvidadizo de mis deberes que dejara expuesto mi país á una voluntad tan pronta, tan exigente, tan formidable como la de vuestro soberano? Pero no he armado sino cuando por noticias seguras, infalibles, cuyo origen se entiende que no tengo necesidad de revelarlos, he sabido que se ponía Dantzick en estado de defensa, que se aumentaba la guarnición de esta plaza, que las tropas del mariscal Davout se engrosaban y se reconcentraban, que los polacos y los sajones tenían órdenes de estar preparados, que se acababa á Modlín, se reparaba á Thorn y se abastecían finalmente todas las plazas. Recibidas estas noticias, ved aquí lo que he hecho...» Llevando entonces de la mano á Mr. de Caulaincourt á un apartado gabinete donde tenía extendidos sus mapas, añadió Alejandro lo que sigue: «He mandado que se hagan trabajos defensivos no hacia delante sino muy detrás de mis fronteras junto al Dwina y al Dnieper, en Riga, Dunaburgo y Bovruisk, es decir, á una distancia del Niemen casi igual á la que separa á Estrasburgo de París. Si vuestro soberano fortificara su capital, ¿podría yo quejarme de ello? Y cuando lleva sus preparativos tan adelante de sus fronteras, ¿se me podrá acusar de provocación porque yo arme tan detrás de las mías? No he sacado divisiones enteras de Finlandia, sino que he devuelto á las de Lituania los regimientos que de ellas había tomado para la guerra contra los suecos, he enviado al ejército los batallones de guarnición y he cambiado la organización de mis depósitos. Aumento mi guardia, de lo cual no me habláis y yo os doy cuenta, y procuro hacerla digna de la guardia de Napoleón. Fi-

nalmente, he llamado á cinco de mis divisiones de Turquía, sobre lo cual disto mucho de querer hacer misterio, y antes bien hago asunto de queja contra vosotros, como que me estorbáis así recoger el fruto convenido de nuestra alianza, fruto bien módico á la verdad en comparación de vuestras conquistas: en suma, no quiero que se me coja desprevenido. No tengo tan buenos generales como los vuestros, y sobre todo yo no soy general ni administrador como Napoleón; pero tengo buenos soldados, tengo una nación muy adicta, y antes moriremos todos con la espada en la mano que permitir que se nos trate como á los holandeses ó los hamburgueses. Sin embargo, os declaro por mi honor que no seré yo quien dispare el primer cañonazo. Os dejaré pasar el Niemen antes de pasarlo yo mismo. Creedme, no os engaño; no quiero la guerra: aunque mi nación está ofendida del porte de vuestro emperador conmigo y alarmada por vuestras usurpaciones, por vuestros proyectos sobre Polonia, no quiere tampoco la guerra, porque conoce sus peligros; pero no retrocederá si se ve atacada.»

Habiendo replicado Mr. de Caulaincourt al zar que fuera de la guerra había cosas capaces de igualar en gravedad á las mismas hostilidades; que el proyecto de aproximarse á Inglaterra después de la conquista de las provincias danubianas, de restablecer el comercio ruso con ella, se consideraría por Napoleón como no menos peligroso que los cañonazos, se apresuró Alejandro á explicar este punto como los otros y dijo: «No pienso en aproximarme á Inglaterra después del arreglo de las cosas de Turquía. Acabada esta guerra, incorporados á mis dominios la Finlandia, la Moldavia, la Valaquia, tendré por consumada la tarea militar y política de mi reinado. No quiero correr nuevos azares, quiero gozar en paz de lo que haya adquirido, quiero ocuparme en civilizar á mi imperio mejor que dedicarme á ensancharlo. Ahora bien: para aproximarme á Inglaterra tendría que alejarme de Francia y que correr el riesgo de una guerra con ella, que miro como la más peligrosa de todas. ¿Y para qué bueno? ¿Para servir á Inglaterra, para apoyar sus teorías marítimas que no son las mías? Esto fuera una insensatez por mi parte. Terminada la guerra de Turquía, quiero permanecer en reposo, compensado de lo que hayáis adquirido con lo que yo adquiriera, compensado muy mezquinamente, al decir de los adversarios de la política de Tilsit, pero lo bastante á mis ojos. Permaneceré fiel á esta política, continuaré hóstil á Inglaterra, le tendré cerrados mis puertos, aunque en la medida que ya he dado á conocer y la cual no puedo alterar de ningún modo.

»Ya os he dicho y repito que no es posible privar á mis súbditos de todo comercio ni prohibirles que trafiquen con los americanos. Así entran algunas mercancías inglesas en Rusia; pero tantas introducís vosotros en vuestro país cuando menos, de resultados de vuestras licencias, y más aún por vuestra tarifa que las admite mediante el pago de 50 por 100. No puedo ponerme más trabas que las que os ponéis vosotros; persistiendo en una alianza, que no os cuidáis de popularizar en Rusia, necesito no hacerla intolerable á mis pueblos con un género de abnegación de que ni vosotros dais ejemplo, y que tampoco es necesario para reducir á Inglaterra al último apuro, como se hallará reducida muy

pronto, si vosotros mismos no la creáis aliados en el continente. Forzoso es, pues, atenerse á estos términos, porque os declaro terminantemente que aun cuando la guerra se hallara á mis puertas, no iré más allá respecto de medidas comerciales. Sobre los demás puntos que nos dividen he tomado también mi partido. Muy bulliciosos y díscolos son los polacos, y sin recato anuncian la próxima reconstitución de Polonia; pero cuento con la palabra del emperador sobre este asunto, aunque se haya negado al convenio que le he pedido. Relativamente á lo de Oldemburgo necesito algo que no sea irrisorio, no por mi familia, pues sobrado rico soy para indemnizarla, sino por el decoro de mi corona; y sobre esto me remito también á lo que Napoleón determine. Os he dicho y repito que, aunque agraviado y comprometido de resultados de lo pasado en Oldemburgo, por este motivo no haré la guerra.»

Habiendo insistido Mr. de Caulaincourt para que el emperador Alejandro señalara la indemnización que pudiera convenirle, rehusó de nuevo explicarse. «¿Dónde queréis, le dijo, que busque la indemnización? ¿En Polonia? Entonces diría Napoleón que le pido parte del ducado de Varsovia, y que por lo de Polonia hago la guerra. Aunque me ofreciera todo el ducado lo rehusaría. ¿Pediré la indemnización en Alemania? Entonces iría á decir á los príncipes alemanes que trato de despojarles. De ninguna manera puedo tomar en esto la iniciativa, pero me fío en vuestro soberano. Sálvense las apariencias y quedará satisfecho, y completaré con dinero la indemnización si no fuese bastante.»

A medida que la partida de Mr. de Caulaincourt se acercaba, había procurado Alejandro tratar á este embajador con más afecto, y fino como era, manifestó evidentemente sus verdaderos propósitos en las expresiones que con él tuvo. Mucho distaba de gustarle la grandeza de Napoleón, pero se resignaba á ella no obstante en cambio de la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia. Por aproximarse á Inglaterra, no quería arriesgar una lucha con Francia, cuya sola idea le hacía estremecerse, pero tampoco quería sacrificar los restos de su comercio, y sólo por este motivo era capaz de arrostrar una ruptura. Su nación, y por su nación entendemos especialmente la nobleza y la alta clase del ejército, adivinándole sin que se explicara, aprobando esta vez lo que hacía del todo, no queriendo tampoco la guerra, sino en el caso en que ésta no podía ser rehusada y bajo las mismas condiciones que el soberano, no hacía alarde de jactancia ni de animadversión alguna, y decía como su emperador en voz alta y con cierta modestia mezclada de noble energía: que sabía que la guerra con Francia tenía mucho de grave; pero que si se llegaba hasta el punto de violentarla en su independencia, se defendería y sabría morir con las armas en la mano. Ya en todas las clases de la nación se había divulgado una idea, que á imitación de los ingleses en Portugal, se retirarían á las profundidades de Rusia, lo destruirían todo al retirarse, para que perecieran los franceses de miseria, ya que no bajo las armas rusas. Por lo demás, nada había de provocación ni en la actitud ni en el lenguaje, y tanto Mr. de Caulaincourt como los franceses que le rodeaban eran acogidos en todas partes con noble cortesía.

Habiéndose sabido en San Petersburgo, antes de que

Mr. de Lauristón llegara, la noticia del nacimiento del rey de Roma, envió Alejandro á todos los magnates de su corte á cumplimentar al embajador de Francia, y se portó en esta coyuntura con tanta cordialidad como franqueza. Mr. de Caulaincourt deseaba terminar su brillante y utilísima embajada (y es justo calificarla así, pues había contribuido á retardar la ruptura entre ambos imperios) con una fiesta magnífica en celebridad del nacimiento del rey de Roma. Naturalmente anhelaba que asistiera á ella el emperador Alejandro, y éste, adivinando su deseo, le dijo estas terminantes palabras: «Mirad, no me convidéis, pues me veré obligado á no admitir el convite, no siéndome posible ir á bailar á vuestra casa, mientras doscientos mil franceses se encaminan á mis fronteras. Me fingiré enfermo, para proporcionaros un motivo de no convidarme; pero os enviaré toda mi corte, hasta mi familia, porque quiero que vuestra fiesta sea brillante, tal como debe serlo por el suceso que celebráis y por vos que la daís. Vuestro sucesor está para llegar, y quizá traiga algo que nos tranquilice: entonces si llegásemos á entendernos, prodigaré á vuestro soberano y á vos los testimonios de amistad más significativos.»

Con efecto, sucedió en aquella gran fiesta lo anunciado por el emperador Alejandro y se salvaron todas las conveniencias. Mr. de Lauristón, aguardado impacientemente, llegó por fin el 9 de mayo de 1811 á San Petersburgo. Inmediatamente le presentó Mr. de Caulaincourt al emperador Alejandro, que le recibió con perfecta gracia y confianza lisonjeras, sabiendo que, bajo el aspecto de las disposiciones amistosas y verídicas, no perdía nada en el cambio. Después de dedicar algunos días á recepciones oficiales esplendorosas, tanto en presencia de Mr. de Caulaincourt como mano á mano, puso Alejandro á Mr. de Lauristón, por decirlo así, en tortura, para obtener algún esclarecimiento satisfactorio sobre los proyectos de Napoleón; pero nada supo que Mr. de Caulaincourt no le hubiera ya dicho y que Mr. de Czernicheff, recién llegado de París, no le hubiera llevado. Napoleón no deseaba una ruptura, pero se armaba porque había sabido la llegada á Lituania de las divisiones de Finlandia y Turquía, que se removía tierra junto al Dwina y el Dnieper, porque se le anunciaba de todas partes la guerra, porque temía que se le declarara tan luego como se arreglaran las cosas de Turquía, porque los americanos eran admitidos en los puertos de Rusia, etc... A estas réplicas no podía Alejandro oponer más que otras réplicas para repetir que armaba sin duda, pero sólo por responder á los armamentos de Napoleón; que de ningún modo pensaba en mover una nueva guerra después del arreglo de los asuntos de Turquía; que no tomaría las armas, si no se empuñaban en su contra; que empeñaba su palabra de hombre y de soberano de que no procedería de otro modo; que admitía á los americanos porque no podía prescindir de este residuo de comercio, y que comprometido en Tilsit, no á los decretos de Berlín ó Milán, que no le eran conocidos, sino al derecho de los neutrales, era fiel, más fiel que Francia á este derecho, con admitir á los neutrales; que en suma estaba pronto á desarmar con tal de que se conviniera en que fuera recíproco el desarme.

Después de estas repeticiones, que hizo oír á Mr. de

Lauristón como á Mr. de Caulaincourt una vez y otra, recibió á éste en audiencia de despedida, le estrechó en sus brazos, le suplicó que le hiciera conocer á Napoleón la verdad toda, rogó á Mr. de Lauristón, que se hallaba presente, que la repitiera por su parte, añadiendo con tristeza estas características palabras: «Pero no seréis más creído que Mr. de Caulaincourt... Se dirá que os he ganado, que os he seducido, y que caído en mis redes, os habéis hecho más ruso que francés...»

Mr. de Caulaincourt partió para París, y á los pocos días de estar Mr. de Lauristón en San Petersburgo escribió al ministerio francés que en su calidad de hombre honrado no podía menos de decir la verdad á su soberano; que estaba resuelto á decirla, y que así declaraba que el emperador Alejandro, preparado hasta cierto punto, no quería sin embargo la guerra y en ningún caso tomaría la iniciativa, y tan sólo la haría si se la llevaban á su territorio; que respecto de lo de Oldemburgo aceptaría lo que se le diera, hasta Erfurt, aun cuando la indemnización fuera irrisoria, si bien sería bueno hallar algo mejor para satisfacer el amor propio ruso profundamente vulnerado; que en cuanto á la cuestión comercial se conseguiría más rigor en el examen de los papeles de los neutrales, á pesar de que ya se les trataba con cierta severidad, pues en el decurso de un año se habían apresado ciento cincuenta buques ingleses; pero que Rusia nunca llegaría hasta prescindir enteramente de los neutrales. «Yo, añadía Mr. de Lauristón, no puedo ver ni decir más de lo que veo. Tales como las expongo son las cosas, y de no darse por contentos con las concesiones que son posibles, habrá guerra, la habrá porque se haya querido, y será grave, según lo que he observado aquí y durante mi viaje.» Mr. de Czernicheff fué enviado nuevamente á París para repetir en otros términos, si bien con las propias afirmaciones, exactamente las mismas cosas, y también para proseguir cerca del ministerio de la Guerra un género de corrupción, del cual sólo él tenía el secreto en la legación rusa, y al cual daba gran valor su gobierno, porque así obtenía los más preciosos informes sobre los preparativos militares de Francia.

Cuando llegaron á París estas nuevas explicaciones de resultas del regreso de MM. de Czernicheff y de Caulaincourt y de las cartas de Mr. de Lauristón, dedujo Napoleón, no que la paz era posible, si él quería, sino que la guerra no estallaría antes de un año, porque evidentemente los rusos no tomarían la iniciativa, puesto que no la habían ya tomado á pesar de todo lo hecho para provocarlos, y evidentemente asimismo tenían por terminar muchos aprestos y querían concluir la guerra de Turquía antes de emprender otra alguna; y como Napoleón había formado el propósito de no acometer esta nueva campaña del Norte sino con inmensos recursos, no le disgustó contar un año de plazo, ora para preparar sus tropas, ora para completar su material, que, según hemos dicho, constituía la principal dificultad de su próxima empresa. ¿Por qué su gran conocimiento de la situación no fué más lejos? ¿Por qué no vió que le era posible, no sólo diferir la ruptura, sino evitarla? Por la razón que hemos alegado anteriormente. Tantas veces había experimentado que al primer resfriamiento seguía inevitablemente la guerra; tantas veces había visto á sus enemigos encubiertos prontos á aliarse tan luego como

osaba arrancarse la máscara un enemigo declarado; tan á las claras veía en Rusia al contrario vencido, pero no anonadado, en torno del cual se agruparían los resentimientos de la Europa, que tuvo por cierto que tarde ó temprano se hallaría en conflicto con ella; y descubriendo seguidamente en la guerra probable la guerra declarada, hasta el punto de que su propia previsión se le convertía en un lazo; leyendo profundamente en el corazón de los demás sin mirar siquiera al suyo; no parando la consideración en que en el rápido encadenamiento de la frialdad á la clara ruptura entraba como causa principal su carácter fogoso; no viendo que de él dependía romper este círculo fatal, sólo con que por un instante se mostrara moderado, paciente, tolerante respecto de los demás; no haciendo ninguna de estas saludables reflexiones; no teniendo á su lado á nadie para obligarle á hacerlas; no recibiendo ningún dictamen útil ni de sus ministros ni de los cuerpos del Estado, especies de fantasmas destinados á representar á la nación, sin atreverse á exponer á las claras sus más crueles sufrimientos, entregado enteramente á sí propio, resolvió segunda vez, puede decirse que en mayo de 1811, la guerra con Rusia, abrazando no obstante el partido de diferirla. Prontamente resuelto siempre, adoptó desde fines de mayo sus disposiciones en consecuencia, y dió sus órdenes militares, sus instrucciones diplomáticas con la certidumbre absoluta de que la guerra de Rusia no tendría lugar hasta 1812, si bien entonces estallaría infaliblemente.

No ocultando nada al mariscal Davout, escribióle al punto que ya apremiaban menos los sucesos (1), aunque no renunciaba á ninguno de sus preparativos, sólo que siempre que ofreciera ventaja de economía ó de buena ejecución el concluir una cosa en quince días, en vez de acabarla en ocho, convenía atenerse á los quince; que su designio era tener pronto el ejército del Norte para el comienzo de 1812, pero en proporciones de mucho más bulto que las fijadas al principio. Ya no se trataba de trescientos mil hombres, sino de reunir doscientos mil á las órdenes del mariscal Davout junto al Vístula; de tener Napoleón otros doscientos mil junto al Óder bajo su mando; de tener una reserva de otros doscientos mil junto al Elba y al Rhin, una fuerza igual poco más ó menos en lo interior para seguridad del imperio, y de enviar tropas á España en vez de retirarlas de su territorio. Napoleón dispuso que no marcharan ya los cuartos y sextos batallones del mariscal Davout, resolviendo que se formaran en el depósito para que estuvieran mejor organizados, y hasta concibió la creación de séptimos batallones para tener seis en estado de servicio: no llevó adelante la formación decretada en momentos de urgencia de batallones selectos con las tropas estacionadas en Holanda é Italia, y hasta quiso que se crearan cuartos y sextos batallones en estos regimientos. Sin restringir la compra de caballos, y antes bien aumentándola, previno que se hiciera más lentamente para hacerla mejor, y emprendió la organización de sus inmensos carros en más vastas proporciones y con arreglo á un nuevo modelo, que describiremos más adelante. Por último, aprovechó el tiempo que le que-

(1) Refiero estos hechos teniendo á la vista las cartas de Napoleón al mariscal Davout, al ministro de la Guerra, al rey de Sajonia y al príncipe Poniatowsky. (N. del A.)

daba para componer de otro modo y más en grande el ejército polaco, y envió caudales á Varsovia, para tener las plazas de Modlín, Thorn y Torgau completamente armadas y acabadas al año siguiente. En suma, lejos de disminuir sus preparativos les dió á la par más lentitud y más extensión para que fuesen más perfectos y vastos.

Con sujeción á iguales designios fué dirigida la diplomacia. Tanteóse al Austria, obteniendo de ella respuestas propias á inspirar confianza por poca propensión que hubiera á forjarse ilusiones. Desde la guerra de 1809 dirigía Mr. de Metternich el gabinete de Viena. Su política declarada era la paz con Francia; teniendo ambición de que su país sacara de ella algún resultado brillante, hubiera querido hacer salir de esta paz una alianza, y de la alianza la restitución de la Iliria, que, á causa de Trieste y del Adriático, era lo que más cuidado daba entonces al Austria. Por esto se había allí acogido con anhelo el matrimonio de Napoleón con María Luisa. Pero esta política hallaba contradictores en Viena. No creyéndose la corte más encadenada que de costumbre á la voluntad del ministerio, obedeciendo como siempre á sus pasiones, recibía á los rusos y en general á los descontentos, cualesquiera que fuesen, muy favorablemente; usaba el lenguaje menos comedido respecto de Francia, y creyendo descubrir nuevas tempestades en las nubes que se iban condensando hacia el Norte, anhelaba muy de veras que estallaran al cabo, porque en las cortes, ni más ni menos que en las calles, los descontentos tienen la costumbre de desear las tempestades. Con una expansión que no le era habitual, había acogido la corte de Viena á los escritores. Messieurs Schlegel, Goethe, Wieland y otros más, habían sido atraídos y recibidos en Viena con mucho brillo. Entonces había una manera indirecta, y muy legítima sin duda, de decir que Alemania debía alzarse muy pronto contra Francia, y era celebrar, exaltar lo que se llamaba genio germánico, proclamar su superioridad sobre el genio de los demás pueblos, añadir naturalmente que no era propio para vivir humillado, vencido y entre cadenas, y anunciar que despertaría fulminante y antes de mucho. Quemando no poco incienso delante de los escritores ilustres, que acaban de ser nombrados, no quería significar otra cosa la sociedad de Viena; y esta aristocracia, más elegante que ilustrada, adulaba á los hombres de talento á fuerza de aborrecer á Francia. Cansada la nación austriaca de guerra, desconfiando de las imprudencias de su aristocracia, queriendo con ahinco ser vengada de los franceses, pero esperándolo poco, imitaba á su cuerdo y malicioso soberano que, no pronunciándose entre los cortesanos y los ministros, dejaba hablar á los cortesanos, que hablaban según su corazón, y obrar á los ministros, que obraban según su prudencia. No se dudaba en Viena que tardaría poco en estallar la guerra entre Francia y Rusia y que sería menester optar por la una ó por la otra; pero ya se había abrazado por el gobierno el partido, si no podía permanecer neutral, de declararse por el más fuerte, es decir por Napoleón. Así se haría pagar esta opción con la restitución de la Iliria, no se obraría en esto más que como había obrado Rusia en 1809 contra Austria; y se imitaría completamente su conducta siendo aliada de Francia, pero aliada poco activa, y se trataría, como por Rusia, de obtener algo al celebrarse la paz sin haberlo